

Un adiós para Carlos Casacuberta

A los 60 años, el pasado 7 de agosto, y engalanado por su enorme talento y la desbordante fraternidad de sus sentimientos, dicen que pidió un brandy, y tendió su larga y entrañable figura de irreplicable perfil en las últimas sábanas de la tierra. Una brisa del río Bravo, hace un tiempo presentida, nos trajo las caricias de adiós de este hermano de pura sangre que al galope entretejió su vida con nosotros.

Carlos Eduardo Casacuberta Zaffaroni no era hombre de detenerse en tranqueras sino de abrirse a los demás. Imposible sujetarlo en estancos; practicante y médico, docente e investigador pero siempre aprendiz; creyente, ateo y agnóstico por rachas, de amplia sensibilidad artística y científica.

¡Era el alma de la celebración en todos los encuentros! En la Asociación de los Estudiantes de Medicina, en la Federación de Estudiantes, en la ocupación por Ley Orgánica en el 58; en los espacios de dirección cogobernados de la Facultad y la Universidad, o en el Sindicato Médico; en la concepción estudiantil del Plan de Estudios del 68, en la marcha a Punta del Este para evitar la condenación de la hermanita del Caribe, o en contrapunto escénico con Roberto Barry en la escalinata universitaria –un domingo con feria en Tristán Narveja– ¡por presupuesto para la enseñanza! En el Departamento de Fisiopatología, con Caldeyro Barcia y sus compañeros, o recibiendo el elogio en las formalidades de la academia mejicana. En la Amsterdam, en el Franzini o donde fuese con la violeta, en el Club de Jazz o en la Guardia Nueva, en Cine Club o en el SODRE, en el Sportman o en las

carambolas del Boston, jugando a ciegas o en simultáneas al ajedrez, en la popular de Maroñas con todos los boletos (siempre escasos) o componiendo colectivamente la retirada de Medicina, escribiendo con humor y profundidad sin igual en la surrealista *Zurda* o en *Misia Dura*, en el color de Satchmo tratando de oblijar a su incipiente trompeta y a sus cuerdas vocales a llorar “*I just went to Saint James' Enfermery, saw my baby there*”... o en la figura mágica del Tito Pastrana concertando La Nueva Milonga, tarareando con un imaginario bandoneón acunado en su falda huesuda con el porte de quien rebautizó, en su universalidad, Anibal von Troilus, o con idéntico talante recreando con gesto respetuoso al gacho gardeliano “*Ich bin Prudencius Navarren*,



der Kuarteador der Barraken”, o recitar largamente cuanta joya de la palabra germinaba en su prodigiosa memoria “*Era del año la estación florida, cuando el mentido robador de Europa...*”, y elevaba el tono de unción castellana para pronunciar “*Don Luis de Góngora y Argote*”.

Carlos Eduardo había nacido en Montevideo el 19 de setiembre de 1939 en el hogar de puertas abiertas –y no es metáfora– de Ester Zaffaroni, maestra vareliana, y de Rodolfo

Casacuberta, funcionario de ANCAP y amigo de caballos y zorzales; luego vinieron su hermano José Alberto y su hermana Graciela, que el flaco fue multiplicando en su ilimitada disposición fraterna hacia nosotros.

Desde pequeño su talento lo ubicó entre los primeros en la escuela pública, entre los muchachos de la Unión, en el IAVA y en la Universidad aprendiendo, enseñando, investigando, jugando, celebrando, militando por la libertad y la fraternidad. Por eso, casi siempre primero o entre los primeros, en rica mezcla de inteligencia y sentimientos amorosos, no hizo de su privilegiada condición un beneficio para su persona, sino que la desplegó para que nadie quedara atrás. Así, todos sus cargos universitarios –no ocupó

otros, salvo el de practicante del CASMU– los obtuvo por concurso –aquí y en Méjico– culminando su actividad como docente e investigador en dedicación total. A los 26 años había obtenido por concurso de méritos y oposición el cargo de Profesor Titular de Fisiopatología de la Facultad de Veterinaria. En Méjico culminó como Profesor y Director del Departamento de Fisiología y Fisiopatología de la Escuela Superior de Medicina y Jefe del

Departamento de Investigación del Instituto de Perinatología del Sistema Nacional Integral de la Familia.

Dotado, pues, de cualidades excepcionales que le hubieran permitido obtener con facilidad la fatua trilogía del éxito: dinero, prestigio y poder, optó por su ética de vida generosa, comprometida y solidaria. En comunión con Machado iba ligero de equipaje, en compañía de las buenas gentes que caminan, cantan y sueñan,

tomando el vino y donde no lo había el agua fresca.

En la aventura más complicada del amor, llegó el tiempo del sacramento laico y fue con Lili. Los desencuentros no impidieron la admirable cosecha en Carlitos, Marcelo, Gabriel y Pablo, donde germinan las semillas parentales que hacen a los buenos, en la música, la letra y la imagen de las bellas y antiguas y las nuevas artes. Por campos de Zapata, Carlos pudo aún convocar a la vida a Adelita y a Juan Aurelio.

Cuando a fines de la década del 60 ingresamos en conflictos sociales y políticos incontrolables y los espacios estudiantiles universitarios se transformaron en campos de reclutamiento con fragmentación de sus organizaciones colectivas, Casacuberta participaba con toda su elocuencia intentando salvar las asambleas y la convivencia gremial, ante la incomprensión o la franca hostilidad, combatiendo por retomar el cauce democrático y evitar que las confrontaciones nos precipitaran en un espiral de violencias. Y no solamente porque, aunque valiente sin alarde, no era persona de armas tomar, sino porque pensaba con buenas razones que nuestra sociedad podía evitar lo que después sobrevino: que la noche fuera larga y lloviera sangre. La dictadura y la intervención de la Universidad le cerraron todos los caminos a él, a Lili y a sus cuatro niños; Méjico tuvo el gusto de acogerlos.

Casacuberta hizo de sí, y entrelazado a sus compañeros, un ser de elevada y profunda condición política. La raíz de esta virtud humana transformadora estuvo en la Federación de Estudiantes donde recogió y aportó a la construcción de una confluencia esperanzada de nuestra gente por la senda obrero estudiantil universitaria con rumbo democrático, libertario, socialista y comunitario. Tan fuerte era su convicción de encuentro, que tenía abiertas las puertas de todos los partidos, y aunque todos hubiesen querido tenerlo entre los suyos, debieron acostumbrarse a compartirlo y a escuchar sus diferencias. Es que en su pensamiento, de dialéctica profunda y entrelazada con los otros, podía articularse sin confusión y con decantado discernimiento crítico Don Pepe, Aparicio y Carlos de Tréveris, el Evangelio y el Manifiesto; quizá porque la originalidad casi inefable de sus concepciones combina la exposición lúcida con el humor y la ironía.

Por eso mismo, en los últimos años, cuando se derrumbaron tantas certezas –tal vez porque muchas de ellas estaban anegadas de dogmas y mala fe– y por todas partes defecionaron los acorazados y soberbios portadores de esas torpes prepotencias, Carlos Casacuberta mantuvo sus luces y su adhesión entrañable al magno proyecto o al milagro –vaya uno a saber– del pan y de los peces. En uno de sus penúltimos viajes a Montevideo quiso estar en los 80 años de la AEM

–que compartió con el cumpleaños de su madre– y acompañó, junto a los jóvenes estudiantes, a José Pedro Cardoso y Juan José Crottogini plantando un árbol en el pequeño jardín del regazo oeste de la Facultad de Medicina. Por esos tiempos contaba a los amigos: “*Cuando salgo de Méjico para Montevideo le digo a mis alumnos: voy a un país que no existe, un país fuera del mundo donde todavía existe la culpa y se habla de Freud y de Marx*”. También supo decirnos, con dolor y reconocimiento, en su decir sin par: “*Varios de mis amigos tienen hoy nombres de calles*”.

Muchas veces hubo oportunidad de reflexionar entre nosotros anticipando el tiritar de las últimas luces –costumbre antigua y un poco olvidada– y las fibras de Carlos resonaban como las de Homero Manzi: “*Las ruedas embarradas del último organito vendrán desde la tarde buscando el arrabal, con un caballo flaco y un rengo y un monito y un coro de muchachas vestidas de percal... (...) y el último organito se perderá en la nada y el alma del suburbio se quedará sin voz*”.

Gran Flaco, hoy el réquiem es para vos, con honda pena pero con mucha gratitud; que mañana otros lo recuerden para tus hermanos

del entorno del 58, generaciones que contigo ofrendaron a la AEM su retirada, murgueando libremente las *Nostalgias* de Cadícamo y Cobián: “*Suena quejumbroso nuestro adiós/ y en el silencio de la noche/ aquí va nuestra canción... La canción de despedida/ la canción triste y sentida/ medicina que se va.../ Nos vamos.../ y al partir vamos dejando/ en las notas de este canto/ retazos de nuestro corazón,/ por eso suene fuerte el redoblante/ que se van los estudiantes/ a otros barrios a alegrar con su canción/ pensando... en volver aquí algún día/ con la misma algarabía/ que nos trajo ya una vez...*”.

En el coro, entre tantos, están las voces de Ruben Gindel, Ángel Ginés, Lilián Guemberena, Graciela Demichelli, Vladimir Goloubintseff, Jorge Mario Varlotta, Manuel Díaz Rívara, Omar Macadar, Edmundo Gómez Mango, Carlos Romero, José Antonio Magariños, Guillermo Bodner, Angélica Wosniak, Eduardo Wilson, Pedro Grille, Sergio Roucco, María Cristina Sacalidis, Ida Decia, Adolfo Pascale, Juan Carlos Macedo, Barret Díaz...

Prof. Dr. Ángel Ginés
Montevideo, 31 de octubre de 2000

Dr. Julio Mañana Cattani

Cirujano, gremialista e historiador

El pasado mes de agosto falleció el doctor Julio Mañana Cattani, afiliado al SMU por casi medio siglo, y cronista de su peripecia, a través del libro, *Historia del Sindicato Médico del Uruguay*, que obtuviera el primer premio en el concurso organizado por el SMU en su 70 aniversario.

Nacido en 1923 y graduado como médico en 1954, el Dr. Mañana se especializó en cirugía, llegando a ser jefe de Cirugía del Departamento de Emergencia del CASMU y del Hospital de Clínicas, siendo docente en la Clínica Quirúrgica B que dirigió el Prof. Dr. Juan A. Piquinela. Afiliado al SMU en 1952, fue militante de la Asociación de los Estudiantes de Medicina (AEM). En el año 1951 fue delegado estudiantil en el Foro de Técnicos del MSP. En el período 1952/53 actuó como miembro titular del Comité Ejecutivo con el cargo de Secretario-Estudiente del mismo y delegado del Comité Ejecutivo ante la Junta Directiva en 1952/53.

Integrante del Comité de Emergencia en el MSP en el año 1952; en 1952/53 fue titular de la Comisión de Asuntos de Facultad de Medicina y de su similar de Salud Pública en 1953/54/55. Es recordable su actuación en el Comité Ejecutivo del SMU en el período 1955/57, así como su gestión como delegado titular al Claustro Universitario durante 1955 y 1956, y su presidencia en la Junta Directiva del CASMU entre 1963 y 1964.

De 1964 a 1967 representó al SMU ante la Cooperativa de Consumos e integró el tribunal para la provisión de cargos de médicos pediatras del Servicio de Urgencia del CASMU.

En 1963, fue autor del tercer relato a las Jornadas Médico-Gremiales de Solís (*Situación económica de los médicos en el Uruguay y participación de los médicos en el Seguro de Enfermedad*).

En 1964 fue autor, junto con el Dr. Juan Carlos Lorenzo, de *La situación económico-social del médico en el Uruguay*, colaboración al Congreso Médico-Social Panamericano de Viña del Mar. En 1965, fue miembro responsable de la Comisión de Jornadas Médico-Gremiales y en 1967 relator al cuarto tema de las Primeras Jornadas Médico-Sociales Nacionales en la Facultad de Medicina (*Modalidades de trabajo de los médicos y la participación de éstos en las formas de trabajo actuales o que puedan surgir*).

El 26 de octubre de 1992, el Comité Ejecutivo del SMU lo designa Socio Honorario. Pero para las generaciones futuras seguirá siendo imperecedera su *Historia del Sindicato Médico del Uruguay*, libro que, en carta que le enviara a su autor en mayo de 1992, mereciera este juicio del profesor Fernando Mañé Garzón: “*Este es un libro que lo debe leer todo médico para conocer el pasado de su profesión y a través de esa toma de conciencia, saber conducir el futuro*”.